

Cien años de Pedro Prado

Un sencillo aviso colocado por la familia en un periódico de Santiago, para invitar a una misa recordatoria con tal motivo, nos hizo tomar conciencia de que se cumplió por estos días el centenario del nacimiento de Pedro Prado.

Era como el mejor homenaje a la modestia, al espíritu de meditación interior, a la absoluta ausencia de espectacularidad que caracterizaron, como aval de su grandeza, al excepcional escritor, Académico de la Lengua, Premio Nacional de Literatura.

Prado, excelente lírico y uno de nuestros mejores novelistas, trazó renovados derroteros a ambos géneros en Chile.

Junto con infundir al poema la plasticidad dariana, instituyó entre nosotros el culto del versolibrismo a la vez que conquistó firme lugar en la selecta galería de quienes han sabido sortear en forma airosa las severas exigencias del soneto, alcanzando la hondura y la emotividad de contenido que no había mostrado hasta entonces el estro modernista.

Como novelador, estuvo entre los llamados imaginistas, propulsores de una narrativa creadora, más rica en asuntos y motivos, más tocada de fantasía y de poesía, más difusivamente universal que la criollista, sin por ello desvincularla de la realidad chilena. La sola mención de "Alsinó" disipa toda duda al respecto.

Prado se alza como una figura orientadora en las letras nacionales de este siglo. Con él, la poesía y la novela pasan a encontrar verdadero ámbito en el drama interior del hombre, cuando a escala universal apenas se daban los primeros pasos en este sentido.

Estéticamente, supo timbrar de eternidad y de universalidad, por su señorío del idioma, la experiencia de seres oscuros, hombres comunes, en medio de cuya aparente antiheroicidad hizo surgir, con vara mágica, la flor testimonial de su trascendencia.

Ha legado así, a nuestro patrimonio literario nacional, una de las mayores riquezas de que éste pueda enorgullecerse.